

# Enhanced Document

Donzuor, de los hijos

Jacques Donzelot

## 2. LA CONSERVACIÓN DE LOS HIJOS

A partir de mediados del siglo comienza a florecer una abundante literatura sobre el tema de la conservación de los hijos. En un primer momento, fue producida por médicos: Des Essartz (*Traité de l'éducation corporelle des enfants en bas âge, réflexion pratique sur les moyens de procurer une meilleure constitution aux citoyens*, 1760), Brouzet (*Essai sur l'éducation médicinale des enfants et leurs maladies*, 1757), Raulin (*De la conservation des enfants*, 1767), Leroy (*Recherches sur les habillements des femmes et des enfants*, 1772), Buchan (*Médecine domestique*, 1775), Verdier Heurtin (*Discours sur l'allaitement et l'éducation physique des enfants*, 1804); sin contar las célebres obras de Tissot sobre el onanismo y su *Avis au peuple sur sa santé* (1761). A esta cohorte médica se suman administradores: Prost de Royer, lugarteniente general de policía de Lyon, Chamousset (*Mémoire politique sur les enfants*). Pueden encontrarse asimismo militares, Bousmard ¡y Robespierre! Todos ellos cuestionan las costumbres educativas del siglo y denuncian tres hábitos especialmente nocivos: la práctica de los orfanatos, la de la educación de los niños por nodrizas domésticas, la de la educación "artificial" de los niños ricos. Por un encadenamiento circular, estas tres técnicas podían engendrar tanto el empobrecimiento de la nación como el marchitamiento de su elite.

A la administración de los huérfanos le reprochan las altísimas tasas de mortalidad de los que recoge: el noventa por ciento antes de que el Estado haya podido "sacar provecho" de sus fuerzas, que le ha costado mucho mantener durante la infancia y la adolescencia. Todos estos

informes demostrar lo oportuno que pese a todo resulta amparar a los bastardos a fin de destinarlos a tareas nacionales, tales como la colonización, la milicia, la marina, tareas las cuales se adaptarían sin problemas dado que carecen de vínculos familiares constringentes. "Sin padres, sin otro sostén que el que puede procurarles un gobierno sabio, no están atados a nada, no tienen nada que perder; ¿acaso la muerte podría ser temible para hombres a los que nada ata a la vida, y que podrían ser tempranamente familiarizados con el peligro? No ha de ser difícil que tales hombres sean indiferentes a la muerte y a los peligros, pues fueron educados sin sentimientos, y ninguna ternura recíproca podrá distraerlos de ellos. Podrán asimismo ser útiles como marineros, suplir las milicias y poblar colonias" (De Chamousset, *Mémoire politique sur les enfants*).<sup>\*</sup> El autor está pensando particularmente en la colonización de Louisiana, donde su hermano ha invertido todos sus capitales.

Ahora bien, ¿cuál es la causa precisa de esa tasa de mortalidad tan elevada? Las dificultades que la administración enfrentaba a la hora de procurarles buenas nodrizas, así como la mala voluntad y la incompetencia de estas últimas. Y, en este punto, el problema particular de los niños expósitos se inserta en el problema más general de la lactancia. El uso de nodrizas del campo era el hábito dominante entre las poblaciones de las ciudades. Las mujeres lo practicaban, ya que estuvieran demasiado ocupadas con el trabajo (esposas de comerciantes y de artesanos), ya que fueran lo bastante ricas para evitarse la pesada tarea de la lactancia. Los pueblos aledaños a las ciudades proporcionaban las nodrizas de los ricos, y los pobres debían ir a buscarlas mucho más lejos. Este alejamiento, la falta de otro contacto entre la nodriza y los padres que fuera el de los intermedios (los transportadores y las transportadoras), a menudo convertían a la colocación del niño en nodriza en un abandono velado, o bien derivaba en turbias maniobras. Las nodrizas tenían grandes dificultades para lograr que les pagaran, pese a las penas de cárcel que la justicia imponía a los padres que no cumplían con su deber en el término (a tal punto que el objetivo de una de las primeras asociaciones filantrópicas fue reunir el dinero suficiente para liberar a los padres detenidos con motivo de este delito).

\* De Chamousset, Oeuvres complètes, 1787, 2 vol.

20

A riesgo de no ser pagadas, las nodrizas pobres instaban a los transportadores y a las transportadoras, para que les buscaran mujeres que estuvieran en condiciones de suministrar un niño; hecho esto, el niño era entregado a la nodriza mediando una comisión. En ciertos casos, los niños morían en el camino; los transportadores solían sacar partido de esa situación: con la complicidad de la nodriza, seguían percibiendo el dinero de la pensión, mientras que la madre creía que su hijo vivía. En estas condiciones, la mortalidad de los niños durante la lactancia era altísima: alrededor de los dos tercios en las regiones más alejadas, y de un cuarto en el de las nodrizas más cercanas.

Los ricos podían darse el lujo de tener una nodriza exclusiva, pero en contadas ocasiones conquistaban su buena voluntad; y de pronto los médicos creen descubrir en el comportamiento de las nodrizas una explicación de muchas de las enfermedades que afectan a los hijos de familias ricas. "No sorprendemos —dice Buchan— al ver a niños de padres honestos y virtuosos revelar, desde sus primeros años, toda clase de vicios y maldad. No cabe duda de que los niños adquieren estos malos hábitos de sus nodrizas. Podrían haber mamado la malignidad con la leche."\* Bollexerd dice asimismo, "sobre todo desecada por el trabajo, agobiada por el cansancio, la nodriza da al niño un pecho humeante del que apenas sale leche agria y muy amarga." La malignidad de las nodrizas tiene dos motivos muy simples: el interés y el odio. Por ejemplo, "el uso de las nodrizas se instituyó cuando aquellas madres que se negaban a alimentar a sus hijos los confiaron a viles esclavas que nada hacían por desarrollar las fuerzas de que carecían. Así podría haberlas agobiado. El esclavo, naturalmente enemigo del amo, debió de serlo de su hijo; sólo experimentaron odio. Los sentimientos de venganza se desarrollaron con la leche que les permitían abandonarlos sin ningún testigo que pudiera traicionar su negligencia." La educación de los hijos de ricos es perjudicada por el hecho de que está confiada a empleados domésticos que tratan al niño con una mezcla de coerción excesiva y de confianza inadecuada para asegurar

\* Buchan, Médecine domestique, 1775.

\* Leroy, Recherches sur les habillements des femmes et des

enfants, 1772. 21

desarrollo, lo prueba el de la faja. Aún sigue siendo costumbre delegar en los empleados domésticos aquellas tareas prácticas que están en el origen mismo de cierta educación corporal de los niños ricos, de modo que los destinan exclusivamente al placer. La imagen, al respecto, cabe mencionar por ejemplo el corsé de adolescentes, tan denunciados por los médicos como el fajamiento de los bebés. El corsé es un ensamblaje de fibras de ballena ajustado por cordones que envuelven el tronco de tal modo que adelgazan el talle. Aplicado con fuerza sobre el pecho y el estómago, les imponían la costumbre de adoptar la figura deseada; el costo del modelado estético es la seguidilla de males engendrados por la compresión que impone. En cuanto a las muchachas, todo ello añade el confinamiento debilitante que deben padecer hasta la edad de la primera salida al mundo; esta reclusión debilitante a menudo las vuelve poco aptas para las tareas de la maternidad, de modo tal que reproduce la necesidad de los empleados domésticos.

En el extremo más pobre del cuerpo social, aquello que se denuncia es la irracionalidad de la administración de los hospicios, los beneficios que el Estado obtiene de la crianza de población que no llega sino excepcionalmente a la edad que puede reintegrar al Estado los gastos que ha ocasionado, es decir, la ausencia de economía social. En el extremo más rico, la crítica refiere a la organización del cuerpo con vistas a lo estrictamente derrochador de aquellos procedimientos que lo constituyen como principio de placer, es decir, la ausencia de economía del cuerpo.

La fuerza de estos discursos que incitan a la conservación de los hijos procede sin duda de la conexión que establecen entre el registro médico y el registro social, entre la teoría de los fluidos sobre la que se funda la medicina del siglo y la teoría económica de los fisiócratas. Toda fuerza militante deriva del vínculo que instauran entre la producción de la riqueza y el tratamiento del cuerpo. Ambos operan una inversión paralela: los primeros invierten la relación entre riqueza y Estado; los segundos, la relación entre cuerpo y alma. Hasta los fisiócratas, la riqueza se producía para permitir la munificencia de los Estados. Esa actividad suntuaria, la multiplicación y el refinamiento de las necesidades de la instancia central que incitan a la producción. La riqueza radica, pues, en el poder manifiesto que las retenciones estatales procuran a la minoría. Con los fisiócratas, el Estado deja de ser la finalidad de la producción para convertirse en medio: debe regir las relaciones sociales, de manera tal que intensifique al máximo esa producción restringiendo los gastos. La teoría maquina del cuerpo, sobre la cual se funda la medicina del siglo XVIII, consiste asimismo en invertir las posiciones respectivas del alma y del cuerpo en lo referente a la perfección. "De todos los seres que Dios ha creado, el hombre es en este contexto el más perfecto. Encierra en sí mismo una partícula del espíritu divino, el alma, que el Soberano Creador le ha dado para regir su conducta, moderar sus pasiones. Dios, al formar las almas y al unirlas a las criaturas, les ha dado todas las perfecciones. ¿Cómo es posible, entonces, que haya dos con el mismo carácter? ¿De dónde viene, pues, la falta de perfección que se halla en la mayoría de los individuos? Si estas diversidades provienen del alma, entonces han de cambiar caprichosamente, lo cual es ajeno al sentido común. ¿De dónde provienen entonces?" Esta pregunta, que se hace Nicolas Malouin en la introducción a la obra *Le traité des solides et des fluides* (1712), bien podría oficiar de declaración inaugural para toda la

medicina del siglo. Entre el principio rector de las conductas —el alma— y la extrema singularidad de los resultados, debe tenerse en cuenta el espesor del mecanismo cuyas variaciones y desarreglos darían la clave de las manifestaciones del género humano. ¿Qué puede alterar la mecánica, el ensamblaje de "fibras" (músculos) que componen al ser humano? Dos factores externos: el aire y todos los principios deletéreos que vehiculiza. Pero también la circulación más o menos adecuada de los fluidos, cuya retención o disipación excesiva que, por el juego de espesamiento o relajamiento, redundan en la buena o mala retención de los sólidos (de las fibras). Lo que sucede con la retención de la leche materna que, al hallar su salida natural bloqueada, "se lanza indistintamente en todas las direcciones, en función de la mayor o menor cantidad de obstáculos que encuentre, de modo tal que ocasiona múltiples males". Lo mismo puede decirse de la disipación del esperma producida por el onanismo, "aceite esencial cuya pérdida deja los demás humores debilitados y evaporados" de modo...

Joseph Raulin, *Traité des affections vaporeuses*, 1758.

tal que engendra las consabidas enfermedades: Pasado cierto umbral de deterioro, los movimientos de las fibras escapan totalmente al control del alma. Y, de hecho, "¿qué es el coito sino pequeña epilepsia?". Por lo tanto, es necesario situar el alma en el puesto de mando de la circulación de los flujos, la obsesión mayor de que no escapen, el movimiento en sí mismo, la convulsión, el fracaso del alma. Ya no es el cuerpo el que debe, por sus estigmas de pureza, dar cuenta de la elevación del alma, de su desprendimiento; es el alma la que es instada a dar cuenta de la imperfección de los cuerpos y de las conductas, a dedicarse a su buena administración mediante la regulación de los flujos.

Entre la economía de los flujos sociales y la economía de los flujos corporales, no hay correspondencia sino metafórica. Ambas ponen en juego la oposición ciudad-campo de la misma manera. La escuela fisiocrática opone la renta de la tierra y la seriedad de la producción agrícola a las ilusiones de la producción suntuaria. Toda la medicina del siglo podría del mismo modo ordenarse en torno a la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que los campesinos -y especialmente sus hijos-, que llevan una vida más dura y con un alimento menos rico que el de los burgueses y los nobles, pese a todo tengan mejor salud? Respuesta: no están sometidos a las mismas imposiciones estéticas. En lugar de padecer los artificios del vestido y del confinamiento, gozan de los beneficios del ejercicio regular; en lugar de entregarse a las pasiones, están obligados, por el trabajo, a una existencia más pautada.

Ahora bien, ¿qué opera exactamente el desplazamiento de la producción rural hacia el hacinamiento urbano? ¿Qué provoca el abandono de las costumbres campesinas en provecho de los placeres malsanos de la ciudad? ¿Acaso existe un vínculo práctico entre, por una parte, el uso dispendioso de los cuerpos -ya sea por el valor que no se le otorga (niños abandonados), ya por el refinamiento de los procedimientos que los destinan exclusivamente al placer- y, por otra, la economía del gasto, del prestigio, que constituye el fasto dudoso de las ciudades? Sí, existe un hilo conductor; los maléficos contra los cuales se erige todo el pensamiento social y médico del siglo: los empleados domésticos.

Tissot, De l'onanisme, Lausanne.

Los empleados domésticos son el vínculo entre la saturación de las ciudades y el abandono del campo. Los hombres se precipitan a la condición de criados urbanos porque esta última los exenta del servicio militar. Los nobles y los burgueses advenedizos, en lugar de quedarse en sus tierras dirigiendo la producción, se instalan en las ciudades y, para exhibir su riqueza, no encuentran otro medio que atraer a hombres que constituirían las fuerzas vivas de la producción, a quienes cargan con vestidos abigarrados y títulos rimbombantes. Así pues, los criados de ciudad aspiran por encima de sus posibilidades. Contraen matrimonio y tienen hijos que su situación no les permite mantener y que por lo tanto abandonan a cargo del Estado. Las mujeres pobres del campo, que entonces no tienen ya con quién casarse, o bien se entregan a la mortífera industria de la crianza, o bien se resignan a colocarse como criadas en la ciudad, y allí, deslumbradas por la vida que llevan, entregadas a las salidas y a los atavíos, quieren a cualquier precio imitarlas. De ahí el cortejo creciente de prostitutas

indecentes y depravadas. El circuito maléfico de la domesticidad conduce implacablemente a la indolencia de las señoritas a la insolencia de las prostitutas.

La conservación de los hijos implicaba poner fin a los perjuicios de la domesticidad, promover condiciones de educación, que, por una parte, permitieran contrarrestar la nocividad de sus efectos sobre los que tienen a su cargo y, por otra, crear un nuevo vínculo entre los hijos y todos aquellos individuos con tendencias a abandonarlos al cuidado del Estado o a la industria mortífera de las nodrizas. Si bien en todas partes la raíz del mal es la misma, si bien la domesticidad constituye el blanco principal, los remedios difieren precisamente según se trate de ricos o de pobres.

El siglo es célebre por la revalorización de las tareas educativas. Se dice que por entonces la imagen de la infancia cambió. No cabe duda, pero aquello que se instaura en la época es una reorganización de los comportamientos educativos en torno a dos polos muy diferenciados y con finalidades muy distintas. El primer polo está centrado en la difusión de la medicina doméstica, es decir, un conjunto de conocimientos y técnicas destinado tanto a lograr que las clases acomodadas aparten a sus hijos de la influencia negativa de los criados, como a poner a los criados bajo la vigilancia de los padres. El segundo polo podría reagrupar, bajo la etiqueta "economía



"social", todas las formas de dirección de la vida de los pobres vistas para disminuir el costo social de reproducción y obtener la cantidad deseable de trabajadores con un mínimo de gasto público, en síntesis, aquello que ha dado en llamar "filantropía".

Desde el último tercio del siglo hasta fines del siglo XIX, los médicos elaboraron, para uso de las familias burguesas, una serie de obras sobre la crianza, la educación y la medicación de los niños. Después de los clásicos del siglo XVI, los Tissot, los Buchan, los Raulin, aparece una serie ininterrumpida de publicaciones sobre el arte de criar a niños pequeños, así como guías y diccionarios de higiene para uso de las familias. Los tratados médicos del siglo XVIII exponían simultáneamente la doctrina médica y consejos educativos. En el siglo XIX, los textos médicos dirigidos a las familias cambian de tono y se limitan a dar consejos imperativos. Este fenómeno no constituye un discurso homogéneo, sino un saber en pleno movimiento, y se ven obligados a separar tácticamente el registro de los preceptos higiénicos del registro de la difusión del saber.

Tanto más obligados a ello cuanto que han comenzado a temer los efectos de vulgarización acelerada de los análisis médicos, por la que cada cual puede improvisarse médico, con todos los riesgos que esto puede suponer y, sobre todo, la consecuente pérdida de poder que implica para el cuerpo médico mismo. De ahí la búsqueda de una relación entre medicina y familia que permita salvar ambas dificultades. El establecimiento del médico de familia, anclaje directo del médico a la célula familiar, fue el mejor medio para poner freno a las tentaciones de los charlatanes y de los médicos no calificados. Y, en el interior mismo de la familia, la alianza privilegiada entre el médico y la madre tendrá por función reproducir la distancia, de origen hospitalario, entre el hombre de saber y el nivel de ejecución de los preceptos atribuido a la mujer. En 1876, el higienista Fonssagrives presenta en su Dictionnaire de la santé dos advertencias capitales: "Advierto a las personas que busquen en este diccionario los medios para hacer medicina en detrimento suyo o de terceros que no encontrarán en esta obra nada semejante. Mi único propósito ha sido enseñarles a dirigir su salud en medio de los peligros que la acechan; a ocuparse de la salud de otros; a cuidarse de los mortíferos males de la rutina y de los prejuicios; a comprender cabalmente aquello que la medicina puede y aquello que no puede; a establecer con el médico un vínculo razonable y provechoso para todos.

Por otra parte, mi propósito es enseñar a las mujeres el arte de la enfermería doméstica. Las veladoras mercenarias son a las verdaderas enfermeras lo que las nodrizas de profesión son a las madres: una necesidad, y nada más. Mi ambición ha sido hacer de la mujer una enfermera cabal, lograr que comprenda todas las cosas, pero sobre todo que comprenda su papel, tan eminente y caritativo. El papel de las madres y el de los médicos están, y deben permanecer, netamente diferenciados. El primero prepara y facilita el segundo, se complementan o, más bien, deberían complementarse en interés del enfermo. El médico prescribe, la madre ejecuta".

El vínculo orgánico entre medicina y familia tendrá una profunda repercusión en la vida familiar e inducirá su reorganización en tres direcciones: 1. el estrechamiento de la familia

contra las influencias negativas del antiguo medio educativo, los métodos y los prejuicios de los criados, contra todos los efectos de las promiscuidades sociales; 2. el establecimiento de una alianza privilegiada con la madre, conductora de la promoción de la mujer gracias al reconocimiento de su utilidad educativa; 3. la utilización de la familia por parte del médico contra las antiguas estructuras de enseñanza, la disciplina religiosa, el hábito del internado.

Hasta mediados del siglo XVI, la medicina no estaba interesada en los niños ni en las mujeres. Simples máquinas de reproducción, estas últimas tenían su propia medicina, despreciada por la Facultad y conservada por la tradición.

Es tradicional la expresión "remedios de comadre". El parto, las enfermedades de las mujeres parturientas, las enfermedades de los niños, pertenecían al ámbito de las "comadres", corporación semejante a la de los criados y las nodrizas, que compartía saber y lo ponía en práctica. La conquista de este mercado por parte de la medicina implicaba, pues, la destrucción del imperio de las comadres, larga lucha contra prácticas, juzgadas inútiles y perniciosas. Los principales puntos de enfrentamiento son, por supuesto, la lactancia materna y la vestimenta de los niños. Las obras de los siglos repiten las mismas alabanzas a la lactancia materna, prodigan los mismos consejos sobre la elección de buena nodriza, denuncian infatigablemente la práctica del fajamiento de los bebés y el uso de corsés. Pero también abren multitud de pequeños frentes de lucha sobre el juego educativo, sobre las historias que les cuentan (crítica a las historias de aparecidos y de los traumatismos que engendran), sobre la regularidad de las jornadas, sobre la creación de espacio específicamente reservado a los niños, sobre la noción de vigilancia (a favor de una mirada materna discreta pero omnipresente). Todos estos pequeños focos de lucha se organizan en torno a un blanco estratégico: liberar al máximo al niño de todas las coerciones, de todo aquello que coarta su libertad de movimiento, la ejercitación de su cuerpo, de forma tal que se facilite lo más posible el desarrollo de sus fuerzas y se lo proteja al máximo de los contactos pasibles de dañarlo (peligros físicos) o depravarlo (peligros morales, desde las historias de aparecidos hasta los desvíos sexuales), y por lo tanto desviarlo de la línea recta de su natural desarrollo. De ahí la vigilancia de los criados, la transformación de la morada familiar en un espacio programado con vistas a facilitar los correteos de los niños y el fácil control de la medicina doméstica.

Las enfermedades, y tanto más difíciles de curar cuanto que no aceptan seguir dócilmente el tratamiento que se les quiere aplicar. De ahí que el médico requiera un aliado en la madre, la única capaz de contener cotidianamente el oscurantismo de los criados y de imponer su poder sobre ellos. Alianza provechosa para ambas partes, el médico apoya a la madre contra la hegemonía tenaz de la medicina popular de las comadres; y, como contrapartida, otorga a la mujer burguesa, por la importancia creciente de las funciones maternas, poder en la esfera doméstica. La importancia de esta alianza, a fines del siglo XVIII, hace tambalear la autoridad paterna. En 1785, la Academia de Berlín propone las siguientes preguntas: 1ª ¿Cuáles son en el estado de naturaleza los fundamentos y los límites de la autoridad paterna? 2ª ¿Hay diferencia entre los derechos de la madre y los del padre? 3ª ¿Hasta qué punto las leyes pueden extender o limitar esta autoridad? Entre las respuestas premiadas, la de Peuchet, autor de la *Encyclopédie méthodique*, toma claramente partido a favor de la revaluación de los poderes de la madre: "Si los motivos del poder que los padres aún poseen sobre sus hijos, durante el tiempo de mayor debilidad e ignorancia de estos últimos, dan esencialmente la obligación que les ha sido impuesta de velar por la dicha y la conservación de estos frágiles seres, no hay duda de que la ampliación de poder debería seguir la extensión de los deberes que tienen para con ellos. La mujer, cuya condición de madre, nodriza y protectora le impone más deberes que a los hombres, esa mujer tiene por consiguiente un derecho a la obediencia mucho más positivo. Hay mejor razón para afirmar que la madre tiene un título más auténtico a la sumisión de los

hijos que el padre, porque los necesita más".\*

Al revalorizar la autoridad civil de la madre, el médico le otorga promoción a la mujer como su auxiliar médica, servirá de punto de apoyo para las principales corrientes feministas del siglo XIX, que denuncian los defectos de la educación de los pequeños.

\* Peuchet, Encyclopédie méthodique (classe III-112), artículo "Autorité paternelle". Véase Julie Daubié, La femme pauvre au XIXe siècle, 1866.

La esfera privada tiene su equivalente en la esfera pública. Fonssagrive denuncia los peligros que la educación pública hace pesar sobre la salud de los niños con igual vigor, invocando los mismos principios que alegaba para proscribir las antiguas costumbres de la faja y del corsé. ¿Acaso estos tienen su correlato en el rigor claustral y la inflexibilidad de las reglas de los colegios y de los conventos? La promiscuidad, la mala ventilación, la falta de ejercicio ¿acaso no son la otra cara del confinamiento de los niños en los cuartos más estrechos de la familia? La promiscuidad del dormitorio y el riesgo de contagio de los hábitos viciosos que engendra ¿no son del mismo orden que el riesgo de depravación de los niños por parte de criados sin escrúpulos y de los juegos supuestamente inocentes? Contra el internado, los reglamentos conventuales de los colegios, la saturación de los programas, contra toda "educación homicida", el médico alerta a las familias y alienta una cruzada que habría de dar origen a las primeras asociaciones de padres de alumnos a fines del siglo XIX y, de ella, surge asimismo el principio de educación mixta familiar y escolar mediante la cual los padres preparan al niño para aceptar la disciplina escolar, pero al mismo tiempo velan por las buenas condiciones de la educación pública: mejora de la salubridad de los internados, supresión de los vestigios de penitencia corporal, supresión de los peligros físicos que amenazan a los hijos (cascos de botellas sobre las paredes...), desarrollo de la gimnasia, vigilancia de las inmediaciones de los colegios, de los quioscos de diarios, de los bares, de los exhibicionistas y de las prostitutas que rondan por allí. Se trata de implantar en la educación pública la misma dosis de liberación física y de protección moral que en la educación privada.

Todo ello, por cierto, sólo rige para las familias ricas, aquellas que tienen criados, aquellas cuyas esposas pueden dedicarse a la organización de la casa, aquellas que pueden pagar los estudios de sus hijos en el colegio, aquellas que tienen cultura suficiente para sacar provecho de esta clase de obras. La intervención sobre las familias populares circula por carriles diferentes a los de la difusión de libros y el establecimiento de una alianza orgánica entre familia y medicina, porque hasta fines del siglo la tasa de analfabetismo en las clases populares era muy alta,

porque la gente del pueblo puede no tener médico de familia, pero también y sobre todo porque los problemas de estas familias son totalmente distintos. En apariencia se trataría de la misma preocupación por asegurar la conservación de los hijos, difundir los mismos preceptos higiénicos; pero la economía social, la naturaleza de las operaciones implicadas es totalmente diferente de aquellas emprendidas bajo la égida de la medicina doméstica, y tiene efectos prácticamente opuestos. Ya no se trata de impedir que los niños padezcan torpes violencias, de limitar las libertades tomadas (abandono en orfanatos, abandono disfrazado de lactancia), de controlar las asociaciones salvajes (desarrollo del concubinato en la urbanización de la primera mitad del siglo XIX), de conjurar líneas de fuga (vagabundeo de los individuos, en especial de los niños). Ya no se trata, en todo caso, de asegurar protecciones discretas, sino de establecer vigilancias directas.

Habría que hacer un estudio paralelo de las historias respectivas de los conventos destinados a la preservación y castigo de las jóvenes, de los prostíbulos y de los orfanatos. Estas tres instituciones evolucionan paralelamente y al mismo tiempo. En el siglo XVII, los conventos, bajo el impulso de la Contrarreforma, absorben a las mujeres solteras para destinarlas a fines misioneros, asistenciales y educativos. Al mismo tiempo, San Vicente de Paul emprende la tarea de centralizar los abandonos de niños y dar finalidad estatal a su cuidado, contra la utilización por parte de la corporación de mendigos, que, mediante graves mutilaciones, los convertían en objetos adecuados para suscitar compasión. También comienza en este período la represión de las prostitutas, que, tras haber sido confinadas en barrios especializados durante la Edad Media, pierden progresivamente el derecho a permanecer en la calle. A fines del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX, la policía organiza por cuenta propia el sistema de los burdeles, para perseguir a las prostitutas solitarias, las obligan a ingresar en las casas de tolerancia mantenidas por las madamas que dependían directamente de la policía. A fines del siglo XIX, estas tres prácticas serán simultáneamente desacreditadas: la Asistencia Pública se organiza contra el abandono automático de los hijos adúlteros en los orfanatos; los talleres y los conventos de preservación son fuente de toda suerte de escándalos, financieros y morales; la policía de las costumbres, que organiza la prosti-



Motivo del carácter: función de policía paralela.

La historia unifica, pues, estos tres tipos de función de transición entre el antiguo régimen familiar y el difícil de adivinar.

La instauración de estas prácticas de acogida y segregación violentamente atacada corresponde a los axiomas que regían el antiguo sistema de alianzas y filiaciones: la determinación de aquellos y de aquellas a quienes habría de corresponder la perpetuación del patrimonio; el arbitrario de los arrestos y de procedimientos, cuya función era discriminar entre los productos legítimos de las uniones sexuales y los productos ilegítimos.

Por consiguiente, el régimen de alianzas buscaba coincidir con las prácticas sexuales, sino que por el contrario establecía a partir de una distancia calculada imperioso preservar cualquier eventual unión impropia para establecer alianzas provechosas; también había que desviar de toda esperanza familiar a aquellas personas que no tuvieran los medios para ello. Todo esto implicaba una separación entre lo sexual y lo familiar, generadora de incesantes conflictos y del despilfarro de las fuerzas "útiles". En el ámbito de la familia, esta desnivelación entre régimen de alianzas y registro de prácticas sistemáticamente perturbaba la paz de los hogares a raíz de las prácticas de seducción y desvío que engendran desnivelación productiva de ilegalismos más o menos tolerados, que los tratados de derecho procuran codificar.

En el ámbito del Estado, los individuos rechazados por la ley de las alianzas vuelven fuente de peligro por su miseria, pero además entrañan una pérdida, pues constituyen fuerzas no aprovechadas. Cuando se crean los conventos de preservación, los burdeles y los orfanatos, el objetivo explícito es conciliar el interés de las familias con el interés del Estado, conciliar la paz de las familias mediante la moralización de los comportamientos y la fuerza del Estado mediante el tratamiento de los desechos inevitables del régimen familiar, los solteros, los huérfanos. El crecimiento del poder familiar, le promete dicha y tranquilidad a la espera de que ejerza imperio sobre los rebeldes y los desechos de la familia. Un aparato central dice, pues, al servicio de las familias.

Un novelista como Rétif de la Bretonne llega incluso a ver en el desarrollo de estos aparatos medios para resolver definitivamente el problema que plantea de manera recurrente la sexualidad. En *Le pornographe, ou idées d'un honnête homme sur un projet de règlement pour les prostituées, propre à prévenir les malheurs qu'occasionne le publicisme des femmes* (1769), propone un establecimiento que reúna las ventajas del convento, del prostíbulo y del hospicio, al que deberán dirigirse todas las jóvenes cuyas familias no las hayan destinado al matrimonio. En función de su edad y de su grado de atractivo, las más bellas estarán destinadas a recibir clientes que eventualmente podrán casarse con ellas. Las demás y las viejas se ocuparán de la educación de los niños nacidos de uniones y pondrán "al servicio del Estado" ese semillero de sujetos que estarán a su cargo (puesto que los clientes pagarán) y sobre los cuales tendrá poder ilimitado, puesto que los padres serán desconocidos.



Esta pretendida armonía entre el orden de las familias y el orden estatal es más el producto de lo que el Estado espera que el de alianza estratégica. Pues el escándalo para la familia es lo que la naturaleza cada vez que perjudica a las familias: los niños adulterinos, los menores pródigos, las hijas de mala fama, es decir, todo cuanto pueda dañar el honor familiar, reputación, rango. Para el Estado en cambio, es despilfarro de fuerzas vivas, individuos inutilizados o inutilizables. Puesto que hay dos clases de objetivos, hay convergencia momentánea en cuanto al principio de concentración de los indeseables de la familia. Pero si, para las familias, esa concentración tiene valor de exclusión, de depósito, para el Estado es un modo de poner fin a las costosas prácticas de abandono y punto de partida de voluntad de conservación y de recuperación de los individuos. Superficie de absorción de los indeseables del orden familiar, los hospitales generales, los conventos y los hospicios constituyen relevo estratégico para toda una serie de intervenciones correctivas de la vida familiar. Estos lugares de reunión de los infortunios, de las miserias y de la decadencia facilitan la movilización de las energías filantrópicas, le brindan al poder ocasión de ejercerse, sirven de laboratorio para observar las conductas, de rampa de lanzamiento para desarrollar tácticas.

das a contrarrestar efectos socialmente negativos, y así reorganizar la familia popular en función de imperativos económico-sociales.

Nada más ejemplar de esta inversión de la relación Estado-familia que la historia de los orfanatos. La preocupación por articular el respeto a la vida y el respeto al honor familiar provocó, a mediados del siglo XVI, la creación de un ingenioso dispositivo técnico: el torno. Se trata de un cilindro abierto de uno de los lados de su superficie lateral y que gira sobre el eje de altura. El lado cerrado hace frente a la calle. Un timbre exterior está situado en las cercanías. ¿Una mujer quiere exponer a su hijo recién nacido? Le comunica su deseo a la persona de guardia tocando el timbre. En el acto, girando sobre sí mismo, el cilindro presenta al exterior su lado abierto, recibe al recién nacido y, siguiendo su movimiento, lo lleva hacia el interior del hospicio. De este modo, el donador puede sustraerse a las miradas de los criados de la institución. Y su objetivo: romper, sin escándalos ni testigos, el vínculo con el origen de productos de alianzas no deseables, purificar las relaciones sociales de las progenituras no conformes a la ley familiar, a las ambiciones, a la reputación.

El primer torno comenzó a funcionar en Rouen, en 1758. Está destinado a poner freno a la antigua práctica de la exposición en los umbrales de las iglesias, de los palacetes y de los conventos, donde los niños tenían tiempo de sobra para morir antes de que alguien se ocupara de ellos. En 1811, el sistema del torno se generaliza en el marco de la reorganización de los hospicios, y para esa fecha ya se cuentan 269.

Serán abolidos de manera progresiva. Entre 1816 y 1853, 165 tornos fueron cerrados y el último desaparecerá en 1860. La aparición y la desaparición del torno corresponde a un considerable incremento de la cantidad de niños abandonados, luego a su reducción y estabilización relativa. En el momento de su fundación, el orfanato de Saint Vincent de Paul acogía a 312 niños; en 1740, 3150; en 1784, 40000; en 1826, 118000; en 1833, a 131000; en 1859, 76500. Esto último deja traslucir la importancia de los debates sobre el mantenimiento o la supresión de los tornos. Son partidarios del torno todos los defensores del poder jurídico de la familia: hombres como Lamartine, A. de Melun, Le Play. Celebran su función purgativa de los extravíos sexuales, especie de confesionario que registra los productos de las faltas y los

absuelve al mismo tiempo. Para paliar los peligros de la exce-

siva cantidad de abandonos, proponen revalorizar la búsqueda de la paternidad, en desuso desde la revolución, restaurando un impuesto al celibato, separando claramente el registro de los individuos inscriptos en el familiar del de los bastardos, que podrían ser destinados a tareas en el extranjero, tales como la colonización, o utilizados para reemplazar a los hijos de familias acomodadas en el servicio militar. Son hostiles a los tornos los hombres de la filantropía ilustrada como Chaptal, La Rochefoucauld-Liancourt, Ducpétiaux, partidarios de la racionalización de las ayudas públicas, del desarrollo de la adopción, y, por lo tanto, de la primacía de la asistencia de los individuos sobre la preservación de los derechos de sangre.

Aquello que hace bascular la decisión a favor de estos últimos es el descubrimiento de un uso popular del torno que nada tiene que ver con su destino primero, es decir, la simple extracción de objetos escandalosos, los niños adulterinos. Desde fines del siglo XVI, las administraciones de orfanatos comienzan a sospechar que sus instituciones son el blanco de malversaciones y fraudes. Necker, en *De l'administration des finances de la France*, estima que "esta loable institución sin duda ha impedido que seres dignos de compasión fueran víctimas de los sentimientos desnaturalizados de sus padres", pero que "insensiblemente nos hemos acostumbrado a pensar que los hospitales de expósitos son establecimientos públicos donde el soberano consideraría justo alimentar y mantener a los niños más pobres entre sus súbditos; y, al difundirse, esta idea debilitó en el pueblo los vínculos del deber y los del amor paterno".<sup>12</sup> Intrigados por esta vertiginosa escalada de abandonos, los administradores multiplican las comisiones de investigación para comprenderla. En primer lugar, descubren una cantidad considerable de niños ilegítimos entre los abandonados. Tanto mayor su número cuanto que al bajar la mortalidad en los hospicios, los escrúpulos de los padres desaparecían. Pero hay algo más grave a los ojos de los gestores: no solo las familias legítimas abandonan a sus hijos con motivo de pobreza extrema, sino que algunas que tienen los medios para criarlos también toman la decisión de que el Estado los alimente, arreglándoselas para que luego los reasignen a título de crianza. "Desde que la legislación regularizó la condición de los niños abando-

<sup>12</sup> J. Necker, De l'administration des finances de la France, 1821  
(t. III de sus Œuvres complètes).

nados asignando un salario a las nodrizas, de pronto ha generado un nuevo tipo de exposición, que en poco tiempo ha adquirido un desarrollo extraordinario. Ahora, la madre que lleva un recién nacido al torno del hospicio no tiene la intención de abandonarlo; se separa de él para recuperarlo días después con la complicidad de las mensajeras. Cuando los hospicios se llenaron de cantidades ingentes de recién nacidos, tardaron en comprender la imposibilidad de acogerlos en el recinto y brindarles todos los cuidados adecuados. Entonces las nodrizas del campo se volvieron indispensables. Les entregan los niños a cambio de un salario, asignado para este servicio. Los mensajeros llevaban a los recién nacidos desde el hospicio hasta la casa de la mujer que debía amamantarlos, y muy pronto generaron graves desórdenes. Estas muchachas y estas mujeres pensaban que obtendrían grandes ventajas al exponer a sus hijos recién nacidos; si, gracias a acuerdos con los mensajeros, conseguían regresar días más tarde en posesión de sus hijos, aseguraban el goce de las nodrizas y más tarde una pensión. El fraude desafiaba todas las investigaciones. Cuando la madre impedida por consideraciones particulares no se atrevía a criar al niño en su propia casa, los vecinos se encargaban oficialmente del recién nacido".

Evaluando todas las consecuencias de estas investigaciones, el ministro del interior De Corbière elaboró en 1827 una circular que prescribía el desplazamiento de los niños a otro departamento, para impedir que las madres amamantaran como nodrizas asalariadas a los niños que habían colocado en el torno, o visitarlos en casa de nodrizas extrañas a cuyo cuidado los habrían dejado. Suponía que la privación de la vista de sus hijos alejaría a las madres del proyecto de abandonarlos. El resultado fue más bien negativo. Sobre 32 mil niños transportados de este modo entre 1827 y 1837, 8 mil fueron reclamados por sus madres, que los devolvieron algún tiempo después, cuando la medida fue revisada, y casi todos los demás murieron debido al trasplante brutal. En 1837, De Gasparin confirma el fracaso de esta política en un informe al rey, en el que propone la idea de reemplazar la acogida hospitalaria, con todos sus inconvenientes, por un sistema de ayuda a domicilio para la madre, que consistía en pagarle a la madre lo que se pagaba por el hospicio a una nodriza en principio extraña. Esto también implicaba reemplazar el sistema del torno por el de la oficina abierta.

El secreto sobre el origen, que permitía la existencia del torno, favorecía todos los fraudes y disminuía la iniciativa de la investigación. Al organizar las oficinas de admisión ya no se trataba del modelo de la acogida ciega, sino de la oficina abierta, con el fin por una parte de desalentar el abandono y, por otra, de asignar las ayudas a partir de una investigación administrativa sobre la situación real de las madres. La inversión rica en consecuencias: al decidir brindar prestaciones de asistencia financiera y médica a las mujeres más pobres, pero también las más inmorales, se desencadenaba un mecanismo que implicaba la extensión progresiva de esas prestaciones a todas las demás categorías de madres, para no ser acusados de premiar el vicio.

De ese modo aquello que daba calidad de subsidio a la madre soltera para alentarla a conservar a su hijo se convirtió en un derecho, particularmente legítimo para la madre pobre con hijos a cargo; luego, para la madre de familia numerosa; luego, para la mujer obrera que

debe reproducirse. Así, a principios del siglo XX, los subsidios familiares son el punto de confluencia entre una política asistencial que amplía progresivamente el círculo de sus administrados y una práctica patronal de corte paternalista, encantada de poder desprenderse de la gestión de una cuestión que les generaba tantos problemas.

De ahí también deriva la generalización del control médico sobre la crianza de los hijos de las familias populares. En 1865 aparecen las primeras sociedades protectoras de la infancia en París (fundada por A. Meyer), luego en Lyon, Marsella, Burdeos, etc. Se trata también de perfeccionar los servicios de nodrizas, pero también los métodos de educación, los métodos de higiene y la alimentación de los niños de las clases pobres. En sus revistas, estas sociedades tienen, por ejemplo, una sección titulada "Crímenes y accidentes", donde mencionan todos los hechos diversos de malos tratos, todos los delitos de infanticidio cometidos por los padres. Estas sociedades se vinculan con los comités de patronazgos, que habían surgido para la vigilancia de los niños del hospicio. Más importante aún, extraen argumentos del hecho de que, entre las clases pobres, los niños mejor tratados médicamente son los niños

FACULTAD DE PSICOLOGÍA  
UNAM

Por unos hábitos fatales para los niños cuya higiene está mal dirigida; me basta añadir un dato característico: los únicos niños bien cuidados en los departamentos pobres, aquellos cuya mortalidad desciende al seis por ciento, son los hijos de las madres solteras que han logrado obtener las ayudas mensuales del departamento, especialmente vigiladas por inspectores a los que temen y cuyos consejos escuchan.

Así se constituye la madre de familia popular. Más que madre, se convierte en nodriza, puesto que es modelo de nodriza de Estado calificada. Adquiere la doble dimensión de la remuneración colectiva y la vigilancia médico-estatal. De este aspecto nutricio, el vínculo que la une a su hijo está marcado de relajamiento, de abandono, de interés egoísta, de incompetencia; herencia de enfrentamiento entre el poder popular y la asistencia del Estado, que el niño a los ojos de sus tutores siempre será el producto de [la madre] una confluencia y proyección impuesta por la necesidad antes que el de engendramiento deseado.

Los niños abandonados recibían el nombre de "hijos de la patria". A menudo eran devueltos a sus madres y luego, por extensión, de todas las madres "nodrizas aceptadas por el Estado", según de Larra.

Las campañas para el restablecimiento del matrimonio entre los pobres proceden de esta misma preocupación por controlar la reproducción incontrolable y las cargas de la asistencia. Cuando, tras haber agotado las consideraciones de moral y religión de rigor sobre el tema, los observadores de la familia obrera (Villermé, Frégier, Blanqui, Michelet, Jules Simon, Leroy-Beaulieu) comienzan a precisar el motivo principal de sus temores, en todos los casos mencionan la amenaza que hace pesar sobre las finanzas públicas la proliferación de hijos ilegítimos, destinados al vagabundeo o a una mortalidad precoz. Desde fines del siglo XVIII, multitud de asociaciones filantrópicas y religiosas propusieron ayudar a las clases pobres, moralizar sus comportamientos y facilitar su educación haciendo converger sus esfuerzos en la restauración de la vida familiar, forma primera y más económica de la asistencia mutua. En 1850, la Academia de Ciencias Morales y Políticas vota un texto de la Sociedad de Saint-François-Régis, sociedad destinada a promover el matrimonio civil y religioso de los pobres, en términos que no podrían ser más claros: "Los hombres que dirigen los negocios de una administración saben cuán urgente es disminuir y restringir no sólo los gastos de policía y de persecuciones jurídicas ocasionadas por los vicios a los que se entregan las clases corrompidas, sino además todos los gastos en que incurren los hospicios y los hospitales a causa del abandono recíproco de padres, mujeres y niños que deberían haberse brindado ayuda recíproca como miembros de una misma familia y que, al no estar unidos por vínculo social alguno, se vuelven ajenos los unos a los otros. No sólo se trata, pues, de una necesidad social y de una obra de alta moralidad, sino además —para el Estado, los departamentos y las municipalidades— de un excelente negocio, de una evidente e inmensa economía. El hombre y la mujer del pueblo, cuando viven en el desorden, no suelen tener hogar. No hallan gusto sino donde el vicio y el crimen reinan con total impunidad. No ahorran nada; el hambre y la enfermedad los separan. Por lo general, no suelen preocuparse de modo alguno por sus hijos o, de mantener con ellos alguna relación, los pervierten. Por el contrario, si el hombre y la mujer del pueblo

ilícitamente unidos se casan, abandonan los sucuchos infectos que hasta entonces constituían todo su hogar para instalarse en habitaciones amobladas. El primer cuidado que toman es el de retirar a sus hijos de los hospicios donde los han dejado. Estos padres y estas madres casados constituyen una familia, es decir, un centro donde los niños son alimentados, vestidos y protegidos; mandan a sus hijos a la escuela y les enseñan un oficio".

En un primer momento, la tarea de restaurar el matrimonio fue incumbencia de las sociedades de patronazgo. Estas sociedades divergen en sus opciones filantrópicas: hay

Th. Roussel, Rapport sur l'application de la loi de 1874, Academia de Ciencias Morales y Políticas publicada en los Annales de la charité.



Es filantropía ilustrada, tal como la practicada durante el período revolucionario (Sociedad Filantrópica, Sociedad de la Moral Cristiana, Sociedad para la Educación Elemental), pero también existen obras religiosas inspiradas o relanzadas por el espíritu de la Restauración (Sociedad Saint-Vincent-de-Paul, Frères des Écoles Chrésiennes, Sociedad del Saint-François-Régis).

Aunque divergencias les impiden formar un sistema de relevo mutuo. Por ejemplo, la Sociedad de Caridad Materna, cuyo objetivo directo es la ayuda a niños pobres criados por familias legítimas otorgando subsidios materiales y financieros, deriva aquellas familias que acuden a ella hacia la Sociedad de Saint-François-Régis, y establece la condición de contraer matrimonio para obtener el beneficio de ayudas.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas ejercen el mismo chantaje con relación a la educación de los niños pobres. Por su parte, la Sociedad de Saint-François-Régis fundada en 1826 facilita la tramitación de dificultades administrativas (la importancia de las migraciones dificultaba a los pobres la obtención de documentos que justificaran su estado civil), cede la gratuidad de las actas y una reducción progresiva de las condiciones jurídicas del matrimonio (reducción de la edad lícita para contraer matrimonio para hombres y mujeres).

Esto explica la expansión de esta sociedad y de otras semejantes: Sociedad del matrimonio civil, Obra de los Matrimonios Indigentes, Secretaría del Pueblo, Secretaría de las Familias. Desde 1826 hasta 1846, la Sociedad de Saint-François-Régis recibió 13.798 órdenes, y así reencaminó 27.506 individuos que vivían en el desorden por la buena senda de la "religión y las buenas costumbres": 11.000 niños recibieron en ese lapso el beneficio de la legitimación.

Sin embargo, cifras bajas comparadas con la extensión del concubinato en las capas populares; según las regiones, su índice oscila entre el tercio y la mitad de las uniones. Por cierto, la negligencia y la ignorancia desempeñan un papel importante, pero sólo superficialmente. A partir de mediados del siglo, observadores como Reybaud, Jules Simon, Leroy-Beaulieu —y Mme. J. Daubié— plantean otro problema. "Es muy bueno regularizar situaciones, dar derechos a las mujeres, —escribe Jules Simon—. Pero ¿qué ocurre con las familias una vez concluido el trámite de matrimonio? ¿Acaso el marido renuncia al cabaret para quedarse en el hogar? ¿Adquiere el hábito del ahorro? ¿Cuida de su mujer de modo tal que esta pueda ocuparse de los hijos y de la casa? En absoluto, personas honestas se han ocupado de simplificar todas las dificultades del matrimonio, han mandado traer los documentos del futuro esposo y los de la futura esposa, han obtenido todas las autorizaciones necesarias y cubierto todos los gastos; él no tiene más que decir una palabra y firmar en el registro; él se deja hacer. Y, después de la ceremonia, sigue con su vida como antes." Contraídos con vistas a obtener ventajas específicas, estos matrimonios no valen, pues, sino en la medida necesarios para obtenerlas, pero no constituyen la anhelada transformación del modo de vida obrero. Son menos un contrato entre hombre y mujer que entre estos últimos y las sociedades de patronazgo. ¿Cuál era, pues, la razón del descrédito del modo de vida familiar entre los obreros?

Las sociedades de patronazgo lo explican aludiendo a las dificultades que encontraban. Entre las mujeres, estas sociedades tienen dificultades para hacerse oír. Pero, con los hombres, las razones son diferentes. "El futuro marido lleva a cabo este trámite a pesar suyo, la mujer debe llevarlo a rastras. Por tanto, si la recepción no es sumamente cordial, todo está perdido. El hombre, feliz de hallar un pretexto, se retira con aire altanero." ¿Por qué tanta reticencia? Porque el matrimonio, para el obrero, está asociado a la adquisición de un "estado" (tienda, puesto, terreno, etc.) que favorece el aporte de la dote. La mujer contribuía mediante la dote a compensar el costo de su mantenimiento y el de los hijos. La importancia de la dote era tal que bajo el Segundo Imperio el ejército aún prohibía a los soldados casarse con mujer sin dote, así como antiguamente se prohibía al hijo matar a la hija que fuera a casarse sin dote. Para ingresar al convento, o cualquier posición reconocida implicaba una inversión inicial. Una mujer sin dote quedaba fuera del estado civil.

y que, por lo tanto, quedaban expuestas a "aventuras".

El pacto establecía con él y le daba, mediante la posibilidad de autonomía exterior, la dependencia social gracias a la posesión de estado, ella lo inscribe en la interioridad que habrá de retomar lo que podrá dar pero también volver a tomar en cualquier momento. A partir del Segundo Imperio, las obras de Simón dan a conocer este gran designio. Salvación del hombre, la mujer de interior, la madre siente, es el instrumento privilegiado para civilizar a la clase obrera. Basta con moldearla para tal función, darle la formación necesaria, inculcarle los elementos de táctica y entrega, para que acabe el espíritu de independencia del obrero. No se trata de simple discurso, de alianzas sin aplicaciones eficaces. La segunda mitad del siglo XIX se inscribe bajo el signo de alianza decisiva entre el feminismo promocional y la filantropía moralizadora, cuyo primer objetivo es doble lucha: por un lado, contra los burdeles, la prostitución y la policía de moralidad pública; y, por otro, contra los conventos y la retrógrada educación de las jóvenes.

Restablecer la vida familiar de la clase obrera suponía, pues, modificar radicalmente las reglas de un juego cuya lógica se había vuelto cada vez más evidente.

Por un lado, estaban las mujeres entregadas al proceso industrial. Los empleos que pueden tener son los menos calificados, los peor remunerados. Con el salario que ganan, apenas llegan a comer, y difícilmente pueden encargarse de sus hijos. Tanto más cuanto que el hombre ha quedado, o bien excluido del empleo por las mujeres, o cuando menos sobreexpuesto al desempleo y, en todos los casos, víctima de un proceso de descalificación del trabajo que le hace perder sus privilegios sobre la mujer y los hijos y, por ende, también sus responsabilidades. Por consiguiente, no es sorprendente que tenga tendencia a desertar de la fábrica, mandar a su mujer e hijos en su lugar, para vivir a sus expensas y dejar que su salud y fuerzas se deterioren. Esa explotación desconsiderada del trabajo de las mujeres destruye a largo plazo las fuerzas productivas de la nación. Se hace cómplice de la destrucción de la familia por odioso abuso del poder patriarcal. Por consiguiente, no es sorprendente que en esta situación las obreras se prostituyeran y cumplieran así, según expresión registrada por Villermé, "cinco cuartos" de trabajo. La policía de costumbres, que persigue metódicamente a todas las mujeres sospechosas a sus ojos, no hace sino ratificar esta situación en lugar de aportar algún remedio, y la agrava: al enviar a los burdeles a cualquier mujer sospechada de prostituirse, pretende preservar las buenas conductas públicas, pero condena a las desesperadas a un destino irreversible.

Por otro lado, estaban las mujeres que intentaban salvaguardar su capacidad contractual mediante la adquisición de una dote, y preservar su felicidad procurando integrarse en un taller religioso o convento industrial. La considerable proliferación de las comunidades religiosas de mujeres a mediados del siglo se debe a la persistencia del rol de la dote. Los obradores o talleres de trabajo femenino organizados por congregaciones religiosas que querían proseguir su misión de preservación y compensar la expoliación de

la que habían sido víctimas durante el período revolucionario poniendo a trabajar pensionistas. Podían albergar desde doce muchachas hasta trescientas o cuatrocientas, todas ellas ocupadas en trabajos manuales, principalmente el textil, y estaban exentos del pago de impuestos. A mediados del Segundo Imperio, la población de obradores se estimaba en 80,000, y la cifra asciende hasta fines del siglo XIX. El ingreso en los talleres ya de por sí requería la inscripción de la familia en filiales de dependencia religiosa y a menudo el pago de una pequeña suma. Para las pobres, la fórmula de la fábrica-convento se había desarrollado entonces, compuesta por dirección mixta, mitad industrial, mitad religiosa, particularmente en las regiones textiles. A partir del ejemplo leonés, la fórmula prosperó, y dio tres célebres ejemplos: Jujurieux en La Séauve y Tarare: reglamento conventual, tiempo enteramente ocupado por los ejercicios religiosos y el trabajo industrial, vigilancia confiada a las hermanas de Saint-Joseph y a las hermanas de Saint-Vincent-de-Paul, remuneración por salario. Todo estaba hecho para seducir a las familias, que de este modo aseguraban la educación moral de sus hijas, y ganaban la posibilidad de quedarse con una suma global al egreso y, para ellas, la esperanza de matrimonio gracias a salarios regulados bajo la forma de garantías, básicamente domésticas.

Entre ambas fórmulas de protección a las mujeres pobres, los moralistas filantrópicos y los profesionales denuncian más o menos crudamente la existencia de una suerte de círculo vicioso que engendra y reproduce la decadencia física y moral de la población pobre en lugar de conjurarla. Desde el libro de J. Daubié, eminente feminista del Segundo Imperio, *La Femme pauvre au XIXe siècle*, al del célebre economista y filántropo Leroy-Beaulieu, *Le Travail des femmes*, la distancia es corta. Ambos coinciden en denunciar los inconvenientes de las organizaciones claustrales. En primer lugar, por la incidencia en los ingresos. En 1849, en Lyon, Macon y Saint-Etienne, algunas comunidades religiosas fueron violentamente atacadas y clausuradas por obreras desempleadas que saquearon varios conventos, rompieron y quemaron los telares: las organizaciones conventuales interponen, en efecto, entre la fuerza de trabajo y el mercado utilizando sus exenciones fiscales y régimen comunitario para proponer precios inferiores a los del trabajo libre, lo cual provocaba la baja de los salarios, que empujaba a las mujeres libres a la inmoralidad. Además, monopolizan los empleos que más podían convenir a las mujeres (asistencia, educación...), de suerte que las mujeres sin dote, o bien se ven obligadas a tomar los hábitos si quieren ejercer estos oficios, o bien quedan expuestas a la prostitución si aceptan un oficio libre. Ambas obras denuncian, asimismo, la inadecuación de la formación conventual. J. Daubié muestra que las mujeres que pasan su juventud en las fábricas-convento con la esperanza de preservar sus oportunidades matrimoniales son rechazadas al salir de tales instituciones por aquellos obreros que niegan casarse con "monjitas". Leroy-Beaulieu estigmatiza la "educación por efecto invernadero", denuncia los internados que forman mujeres en "oficios semi-artesanales" superpoblados y que preparan "el espíritu de la joven para una enseñanza sustancial que desarrolle enérgicamente su personalidad. Toda mujer, y sobre todo la mujer del pueblo, que está expuesta a más luchas y peligros, debe tener fuerza de voluntad y firmeza de carácter. Una educación que no despierta estas facultades falla en sus objetivos". A la lógica de la preservación para el

matrimonio, debe, pues, sucederle la de la preparación para la vida familiar: desarrollar la formación doméstica; permitir a la muchacha, a la viuda y, ocasionalmente, a la esposa tener acceso directo al trabajo remunerador; crear escuelas específicas para mujeres, orientadas a prepararlas positivamente para la vida familiar; evitar que las obreras caigan en la prostitución; y, por último, reducir la rivalidad entre hombres y mujeres inscribiendo las actividades sociales femeninas como prolongación de sus actividades domésticas.

La eficacia de esta estrategia familiarista radica, sin duda alguna, en el hecho de que articula las trayectorias masculinas y femeninas, y ataca progresivamente la antigua situación en que, según la expresión de Gemahling, la mujer es competencia para el hombre, y el niño para la mujer, y el resultado de todo ello es la desmoralización de la familia. El acceso de las mujeres al mercado del trabajo se frenó, pero...

reacomodó la función del plan que introdujo la feminidad al principio de promoción que pasaba por la adquisición de competencia doméstica. El trabajo industrial de las jóvenes, de las mujeres solteras, de las esposas pobres, fue reconocido como necesidad ocasional, pero no como destino normal. Si el hombre logra mejorar su situación a través de la estabilidad y el mérito profesional, ella podrá permanecer en el hogar y desplegar allí las competencias que lo conviertan en un verdadero hogar. Y luego, sobre la marcha, podrá orientarse hacia profesiones administrativas, asistenciales y educativas que son más adecuadas a su vocación natural. Esta inflexión introducida en la feminidad restituye al hombre, si no en la realidad, cuando menos la impresión de recuperar su antiguo poder patriarcal, y le asegura la responsabilidad principal en el aprovisionamiento del hogar, al tiempo que ubica a la mujer en posición de vigilancia constante del hombre, puesto que estará interesada en la regularidad de la vida profesional y, por lo tanto, social del marido, de cuya promoción dependerán sus propias posibilidades.

Por consiguiente, esta estrategia de familiarización de las capas populares en la segunda mitad del siglo se apoya principalmente en la mujer y le adjunta cierta cantidad de instrumentos y aliados: la instrucción primaria, la enseñanza de la higiene doméstica, la institución de jardines obreros, del descanso dominical (reposo familiar por oposición al del lunes, tradicionalmente ocupado en borracheras). Sin embargo, el instrumento principal con el que ella cuenta es la vivienda "social". En la práctica, hace salir a las mujeres del convento para que saquen a los hombres del cabaret; a tal efecto le da un arma, la vivienda, y un manual de uso: excluir a los extraños para que ingrese el marido y sobre todo los hijos.

La vivienda social, tal como surge a fines del siglo XIX, de cuyas formas más importantes fueron las viviendas de bajo costo (HBM [habitations à bon marché], ancestros de los HLM [habitations à loyer modéré]) es el resultado de las observaciones efectuadas sobre la clase obrera a lo largo del siglo, el resultado asimismo de experimentos e intercambios internacionales (las exposiciones universales, a partir del Segundo Imperio, dedican parte de sus actividades a esta cuestión). Progresivamente se define la puesta en marcha de un doble objetivo.

En primer lugar, la vivienda debe lograr un desarrollo entre la fórmula de la guarida y la del cuartel. La guarida es el resultado de una costumbre rural y artesanal que consiste en considerar el hábitat familiar como un escondite, un reducto al resguardo de las miradas, donde se atesoran las riquezas, se guardan animales y presas, hasta convertirla en una pequeña fortaleza donde es posible ocultarse durante el día para salir por la noche. Esta imagen del hábitat popular que obsesiona a los higienistas es, por cierto, producto de una concepción primitiva de la existencia: más allá de los problemas de calefacción y seguridad, la exigüidad de las aberturas en las viviendas populares estaba vinculada a una costumbre heredada del Antiguo Régimen que consistía en calcular el impuesto sobre la cantidad de puertas y ventanas. Por lo demás, este amontonamiento solía corresponder al uso profesional; los famosos sótanos de Lille, célebres por su insalubridad, estaban ocupados por familias obreras que hallaban en la humedad las mejores condiciones para la conservación de sus materiales. Al luchar contra la insalubridad de tugurios y sótanos, los

higienistas también luchaban contra una concepción del hábitat como refugio, como lugar de defensa y autonomía. Según ellos, había que sustituir la fuerza autárquica por la fuerza de trabajo, hacer de la vivienda un espacio sanitario y ya no un espacio "militar", erradicar cuanto tuviera de propicio para ocultar alianzas y turbias fusiones. Y, a tal efecto, tuvieron en cuenta los detalles más pequeños. Por ejemplo, la sospechosa costumbre de sobrecargar el interior de las moradas con grabados equívocos. "Debemos rechazar y proscribir sin piedad los grabados de la decoración, las imágenes obscenas y degradantes, y reemplazarlas por flores alrededor de la casa." La fórmula del cuartel presenta peligros equivalentes, en la medida que reúne gran cantidad de individuos bajo un régimen uniforme en el que la copresencia de solteros y familias genera mengua de la moralidad y sobre todo la imposibilidad de aplicar reglamentaciones. Y los responsables del orden ven en estos gigantescos conglomerados una incitación a la revuelta. La solución consiste en otorgar viviendas en función de ciertas condiciones de admisibilidad que garanticen la moralidad de los habitantes bajo pena de desalojo. Las ciudades que se construyen a partir de 1850, las

<sup>1</sup>Ch. Pillar Gosselet, *Catéchisme d'hygiène à usage des enfants*, Lille, 1850.

"Ningún "extraño" puede entrar en la vivienda, lo bastante grande para que los padres puedan disponer de lugar separado de los niños.

Las ciudades Napoleón de París y de Lille, las ciudades de Mulhouse, son experiencias de punta en materia de patronato paternalista y responden a esta exigencia. Taillefer, el médico de la ciudad Napoleón de París, anuncia que esta última habría de ser "la tumba de la revuelta", y para apoyar sus afirmaciones refiere el comportamiento de los miembros de "su" ciudad durante los acontecimientos del 2 de diciembre, el momento en que los insurrectos intentaron arengarlos: "Tras algunas palabras amistosas sobre mi persona, se retiraron a sus respectivos hogares y los perturbadores se vieron obligados a volver sobre sus pasos". El apego del obrero al orden público está garantizado por el deseo de conservar la vivienda y, si llegara a faltar, la mujer se hará cargo de todo, tal como relata Reybaud respecto de los obreros de la fábrica Cunin-Gridaine en Sedan, donde se había instaurado la costumbre de que "la mujer viniera a pedir gracia para las debilidades del marido".

Las investigaciones sobre la disposición interna de la vivienda apuntan explícitamente a favorecer la función de vigilancia recíproca. De ahí la elaboración del décimo objetivo: concebir una vivienda lo bastante pequeña para que ningún "extraño" pueda vivir allí, pero asimismo lo bastante grande para que los padres puedan disponer de un lugar que les dé la facultad de vigilar a los niños en sus ocupaciones sin ser observados por ellos en sus propios retozos. La práctica que consistía en tomar varios "huéspedes" era muy frecuente en las capas populares: ligada a la antigua organización familiar de la producción, la que albergaba a los aprendices y a algunos de los compañeros; ligada asimismo al alto precio de los alquileres, esta costumbre hacía del espacio familiar simultáneamente un espacio social y un lugar de paso dentro de los circuitos de recorrido, más que una clave de vigilancia y de paz a los ojos de los observadores Blanqui y Reybaud. El arquitecto Harou-Romain, especializado en la construcción de los edificios penitenciarios y en las viviendas sociales, denuncia la voluntad aparente de ahorro como causa de la falta de higiene y de la inmoralidad de las capas populares, puesto que conduce a concentrar en un mismo cuarto a los niños, varones y mujeres, y también a los padres. Para remediar esta situación, las ciudades obreras de Mulhouse prohíben subalquilar y, en Bélgica, Ducpétiaux preconiza la separación de una pieza en el interior de la vivienda con entrada independiente. Tras expulsar al extraño, queda por redistribuir el espacio familiar entre padres e hijos.

El objetivo es reducir la parte "social" de la vivienda en provecho de los espacios íntimos de padres e hijos. El dormitorio debe convertirse en el centro virtual, invisible para los niños. Ese cuarto es, según Fonssagrives, "la pequeña capital del reino pacífico de la pareja". Para ello es necesario "un cuarto separado del dormitorio de los niños, lo que quitará a la vigilancia oculta aquello que podría tener de ofensiva si fuera más evidente y le deja lo que tiene de eficaz". Esta separación de los sexos y de las edades en la vivienda popular movilizará a los filántropos durante todo el siglo, a tal punto alteraba las antiguas formas de agregación. Podrá dar una idea cabal de esta preocupación el siguiente fragmento de los debates del Congrès d'hygiène publique de Bruxelles, 1851, sobre la cuestión de la "distribución interior de las viviendas". Ebrington: "Para la moralidad y la decencia, la



separación de los sexos es indispensable. Un ministro me ha dicho: Hice todo lo que pude, pero el dormitorio común me ha vencido". Ducpétiaux: "Cuando esta separación sea imposible, ¿no podríamos contribuir poniendo a los niños en hamacas?". Gourlier: "Habría que separar la hamaca del resto de la habitación por una especie de cortina. Pero apenas la dejarán un día y la sacarán al siguiente". Ramón de la Sagra: "En lugar de hamacas, ¿prefieren camas donde padres e hijos duerman juntos?". Gourlier: "Sin separación, nuestra obra está condenada. Desde la hamaca, los niños verán a los padres. Por lo tanto, el pudor no estará protegido".

Islotes de insalubridad, piezas como sistema de defensa, la vivienda popular, guarida de relaciones animales, tal como aparece después del formidable movimiento revolucionario de 1848. Blanqui señala las regiones donde la industria está más avanzada, donde el taller da lugar a la manufactura, donde la insalubridad y la indisciplina forman con el "pauperismo y las utopías una excelente pareja", donde vagabundos y agitadores. Apunta en particular a los textiles de la seda en Lyon. Reybaud lo confirma quince años más tarde."

lo bastante vasto para el repliegue de cada uno de los amoblados de París, los sótanos de Lille, los sucuchos de Lyon. La ecuación de la vivienda social buscó la solución de tres de estos perjuicios. Acondicionar un espacio higiénico, lo bastante pequeño para que sólo pueda vivir en él la familia y distribuido de tal manera que los padres puedan vigilar a los hijos. Se exige de la vivienda que se convierta en pieza complementaria de la escuela en el control de los niños: que los elementos móviles sean erradicados de ella, para poder así inmovilizar a los niños. La búsqueda de la intimidad y la competencia doméstica propuesta a la mujer popular es el medio hallado para hacer aceptar, para volver atractivo un hábitat que pasa de una fórmula ligada a la producción y a la vida social a una concepción fundada en la separación y la vigilancia. Si el hombre prefiere el exterior, la luz de los cabarets, si los niños prefieren la calle, sus espectáculos y promiscuidades, no será sino culpa de la esposa y de la madre.

El advenimiento de la familia moderna centrada en la primacía de lo educativo es, pues, un efecto de la lenta propagación del mismo modelo familiar a través de todas las capas sociales, en función de su mayor o menor resistencia a la modernidad. Hay aquí dos series claramente distinguibles, de promoción de preocupación por lo educativo, y las diferencias entre los efectos políticos que cada una induce son lo bastante importantes para que podamos afirmar que son simétricamente opuestas en su forma.

En ambas series hay un efecto de recentramiento de la familia sobre sí misma, pero este proceso no tiene del todo el mismo sentido en cada una. La familia burguesa se constituyó por un estrechamiento táctico de sus miembros, que apuntaba a reprimir o controlar al enemigo interno, los criados. Para lograr esta cohesión, se le asigna un plus de poder que la eleva socialmente y le permite reingresar al campo social con más fuerza, para ejercer allí controles y patronazgos diversos. La alianza con el médico refuerza el poder interno de la mujer y mediatiza el poder externo de la familia. La familia popular, en cuanto a ella, se forja a partir de una relación de vigilancia de todos los miembros sobre todos los demás miembros, una relación circular de vigilancia contra las tentaciones del exterior, el cabaret, la calle. Sus nuevas tareas educativas se desarrollan a costa de una pérdida de su coextensividad con el campo social, un abandono definitivo de cuanto la situaba en el campo de fuerzas exteriores. Así aislada, de ahora en adelante queda expuesta a la vigilancia de sus desvíos.

Aún más significativa es la diferencia de posiciones tácticas que encuentran la mujer burguesa y la mujer popular. Gracias a la revalorización de las tareas educativas, una nueva continuidad se establece, para la mujer burguesa, entre sus actividades familiares y sus actividades sociales. Descubre para sí un ámbito de voluntariado, se abre un campo profesional a través de la propagación de las normas asistenciales y educativas. Puede ser, a la vez, instrumento de transmisión del patrimonio en el interior de la familia y soporte de proyección cultural en el exterior. La mujer del pueblo tiene un trabajo por naturaleza antagónico a su estatuto de madre. Algunas lo hacen por necesidad, pero siempre perjudica el cumplimiento de su función de guardiana del hogar. No habrá proyección alguna para ella: su misión es, por el contrario, velar por la retracción social de su marido y de sus hijos.

De ella, de la regularidad que imponga, depende la transmisión de un patrimonio que casi siempre permanece exterior a la familia, el "patrimonio social", dicen los juristas, cuya gestión escapa a la familia y del cual el obrero puede disponer en vida, puesto que no lo obtiene sino de su propio deterioro y muerte. "Mientras que la transmisión del patrimonio de la familia burguesa se hace por testamento o ab intestat, el del patrimonio de la familia obrera ya no es cuestión de transmisión por testamento; en cuanto a la sucesión ab intestat, ya no se reglamenta de manera uniforme, sino que depende de las leyes y de los reglamentos adoptados por las diversas instituciones cuyo objetivo es la creación de un patrimonio para el obrero. Tal como acabamos de decir, la cuestión de la libertad de testar no se plantea aquí, porque las diversas instituciones de previsión no se proponen formar un patrimonio del que el obrero pueda gozar por testamento según su voluntad, sino de proteger a su familia, que, sin la ayuda de dichas instituciones, sería una familia desclasada, a cargo de la Asistencia Pública. Por último, mientras que, en la familia burguesa, el heredero continúa la personalidad del difunto, recibe todos sus bienes y la carga de todas sus deudas, en la familia obrera la persona del heredero es plenamente independiente de la personalidad del difunto, todos sus derechos se reducen a percibir una suma fija determinada.

adelanto y de ningún modo responsable de deudas.

¿La infancia? En el primer caso, la solicitud de que objeto adquiere la de liberación protegida, sustracción de los temores e imposiciones. En torno del niño, la familia burguesa traza un cordón sanitario que delimita el campo de desarrollo: el interior del perímetro, el desarrollo de su cuerpo y de su espíritu será alentado poniendo a disposición todos los aportes de la psicopedagogía, y controlado por una discreta vigilancia. En el otro caso, sería más justo definir el modelo pedagógico como el modelo de la libertad vigilada. El problema aquí no es tanto el peso de vetustas imposiciones como el de la libertad y el abandono en la calle, y las técnicas implementadas consisten en limitar la libertad, hacer refluir al niño hacia espacios de mayor vigilancia, tales como la escuela o la vivienda familiar.

C.M.E.PS.

Centro de Impresiones

Ministerio de Estudios de Psicología

Álvarez, de política, economía de lo social y familia.